

9. La experiencia

- 141 1. El origen del vocablo «experiencia»
142 2. Lo doloroso de la experiencia
- 146 3. La refirmación en la experiencia
147 4. La experiencia «con» algo
148 5. El práctico experimentado
150 6. La osadía de adquirir experiencias
152 7. Las vivencias felices
153 8. Experiencia e investigación

En consecuencia, la confrontación con el hecho es la forma en la que algo nuevo irrumpe, perturbadoramente, en el mundo cerrado de la vida humana. El hecho es lo primeramente incomprendido que en su extrañeza amenaza al hombre. Exige que este lo domine, vale decir, lo incluya en el círculo de su comprensión del mundo. Del enfrentamiento constante con los hechos resulta eso que puede llamarse la experiencia de la vida de un individuo; y con el progreso de esta se despliega al mismo tiempo la comprensión del mundo, que lleva al hombre a adquirir nuevas experiencias. Ambos conceptos: experiencia de la vida y comprensión del mundo se corresponden recíprocamente, tan pronto no consideramos la comprensión previa que preside las nuevas experiencias como un patrimonio ya dado e inmutable, sino lo concebimos en la evolución viviente. Por eso tendremos que prestar particular atención al origen de la experiencia. También el concepto de experiencia se emplea casi siempre en sentido muy impreciso. En primer lugar, es el concepto fundamental de la ciencia moderna, y por lo común se lo entiende desde allí, desde la perspectiva científica. De la apelación a la experiencia recibe la ciencia moderna su peculiar *ethos*, que la opone a la metafísica en cuanto disciplina que alcanza el conocimiento por el pensamiento puro. «En ella —dice Locke— se funda todo nuestro saber, y de ella este deriva en última instancia».¹ Este enunciado parece muy convincente. Pero se vuelve pernicioso, como lo ha destacado H. Kuhn, por el hecho de que desfigura y estrecha el concepto de experiencia. Esta es reducida unilateralmente a la pura percepción sensorial, y la física edificada sobre ella aparece después como la forma ejemplar de la ciencia. Pero, como hemos mostrado, ese camino es intransitable aun en el caso de la percepción simple.² Por eso el partir de la experiencia podrá ser fecundo sólo si se abandona la estrechez empirista y se vuelve a un concepto más pleno y originario de experiencia, para fundar sobre esta un saber más

141

* Die originale Paginierung wurde beibehalten.

¹ J. Locke, *An essay concerning human understanding* (vol. 2, pág. 1), citado por H. Kuhn, *Was heisst Erfahrung?*, en *Zur Bedeutung der Empirie für die Pädagogik als Wissenschaft*, nueva serie de los cuadernos suplementarios del *Vierteljahresschrift für Wissenschaftliche Pädagogik*, cuaderno n' 5, pág. 9.

² Cf. *supra*, pág. 22 y sig.

amplio, ya no encogido artificialmente. En este sentido exige Kuhn: «Es tiempo de elevar protesta contra el empirismo en nombre de la experiencia».³ Vemos entonces que el concepto de experiencia no es tan unívoco como aparece en la perspectiva empirista, sino que requiere una clarificación radical. También Gadamer Ueva razón cuando señala que ese concepto «por paradójico que parezca, es uno de los más inexplicados».⁴ Tenemos que introducir ahora, por consiguiente, esta nueva pregunta: ¿Qué es la experiencia?

1. El origen del vocablo «experiencia»

Si queremos determinar satisfactoriamente el concepto de experiencia, tendremos que remontarnos más allá de la acepción abstracta que ha cobrado en la tradición filosófica. Debemos retomar lo en el uso corriente del lenguaje, como concepto vivo y no desfigurado, para alcanzar desde allí una comprensión concreta. Muy interesante e instructiva (como lo ha señalado Giel)⁵ es la historia de la palabra misma; en efecto, no podremos olvidarla tan pronto como reparemos en que «*erfahren*» (experiencia) viene del simple «*fahren*» (andar) ; este verbo tuvo anteriormente un significado más general: designaba todo moverse hacia adelante en el espacio, no sólo en un vehículo sino también a pie. Y como el prefijo «er» significa en general un perseverar hasta el final (como «*erlangen*» [conseguir], de «*langen*» [alargar la mano]; «*erfassen*» [abarcar], de «*fassen*» [agarrar], etc.), «*erfahren*-» significa en principio, en sentido bien concreto: llegar al fin del *fahren*, o sea conseguir algo en ese *fahren*, alcanzar algo en el sentido puramente espacial o también recorrer una región. Por ejemplo: «recorrieron (*erfahren*) el país a caballo y por agua».⁶ De allí surge el sentido figurado de «*erfahren*» como tomar conocimiento de algo poi haber tomado contacto con eso a través del «*fahren*», en el «*Fahrt*» (viaje). Y el recuerdo de los trabajos y peligros pasados y de los accidentes que se presentaron por el camino impregna la palabra y le presta un fondo de significación muy determinado, que después no abandona del todo cuando, en sentido atenuado, se aplica al mero tomar conocimiento o al informarse de una noticia. Pero eso de lo que se «tiene noticia» por información oral o por los periódicos no podemos llamarlo «experiencia». Más

³ H. Kuhn, *op. cit.*, pág. 13.

⁴ H.-G. Gadamer, *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik*, Tubinga, 1960, pág. 329.

⁵ K. Giel, *Studien zu einer anthropologischen Didaktik*. Aparecerá próximamente en la serie *Anthropologie und Erziehung*.

⁶ *Trübners Deutsches Wörterbuch*, que hemos consultado en todos los casos acerca de la historia de los vocablos.

bien pertenece a la experiencia el que la haya hecho uno mismo «en el propio cuerpo». Solamente tengo experiencia cuando esta es la mía y para obtenerla tengo que someterme a las penurias del viaje. Podemos sin duda informar a otro sobre nuestras experiencias, pero no transmitírselas. Su saber acerca de mis experiencias nunca se convertirá en su propia experiencia. Por eso los hombres no aprenden nada (o solo muy poco) de la experiencia de los demás. Cada uno debe repetirlas por sí mismo. Sobre lo que otro informa se puede polemizar, pero ello no me afecta de manera inmediata; en cambio, no puedo desechar lo que he experimentado personalmente : es algo que tiene firmeza incommovible. Por ello, de acuerdo con el conocido proverbio, el niño que una vez se ha quemado huye del fuego, pero antes tuvo que quemarse los dedos. Las advertencias no son eficaces para preservarlo de esa dolorosa experiencia. Y así, en general, los padres se lamentan por no haber podido preservar a sus hijos del peligro informándoles sobre sus propias experiencias de vida. Deberían admitir que ellos mismos hicieron similares experiencias, amargas. A lo sumo, como experimentados en el dolor por haber hecho ya la misma experiencia, pueden consolar a sus hijos. De igual modo, los historiadores reprochan a la humanidad el que no haya aprendido nada de las catástrofes de la historia, y que solo la desgracia sufrida en carne propia pueda hacerla entrar en razón.

2. Lo doloroso de la experiencia

Como intuitivamente comprendemos por el sentido originario del «viaje» (*Fahrt*), las «experiencias» sobre las que sabe informar un individuo son, por lo general, las desagradables. Alguien se queja de que en su vida ha «experimentado mucha iniquidad».⁷ En consecuencia, las experiencias son en su mayoría amargas o dolorosas; cada uno las hace en carne propia, y no puede salvar a nadie de ellas. Parece no haber experiencias gratas o alegres, al menos no sabemos informar nada sobre ellas. «En la mayoría de los casos se trata de algo desagradable» resume el diccionario de Trübner. Este lado oscuro de la experiencia es destacado expresamente por Gadamer. Profundiza en él, entendiéndolo como algo que necesariamente responde a la esencia de la experiencia: «Decir que la experiencia es preferentemente dolorosa y de-

⁷ Cf. *Ibid.*

sagradable no implica ser pesimista ; es algo que se desprende de manera inmediata de su esencia. Solo a través de instancias negativas se alcanza la [. . .] experiencia nueva. Toda experiencia que merezca ese nombre desbarata una esperanza».⁸ Mientras la vida transcurre imperturbada y se colman todas sus expectativas, todo marcha bien y nada nos llama la atención. Solo cuando las expectativas son defraudadas, cuando surgen obstáculos inesperados en el camino, «hace» el hombre sus experiencias. El hombre adquiere por cierto variados conocimientos, pero «hace» experiencias ; conviene que nos detengamos un poco en el carácter de este «hacer», pues no es un auténtico hacer, sino más bien un tener que hacer, un padecer, un estar librado a las contrariedades de la vida. Parece importante la proximidad de contenido con el significado de «sufrir», pues «sufrir» (*leiden*) significa originariamente tanto como «fahren» (andar) y «gehen» (caminar). También el factitivo «leiten» (guiar) significa *gehenmachen* (hacer caminar), «führen» (conducir). «Leiden» ha evolucionado, pasando por la etapa intermedia de «durchgehen» (recorrer), hasta su acepción actual de «Schweres durchmachen» (sufrir desgracias). Por lo tanto, de acuerdo con su sentido etimológico, experimentar (*erfahren*) y soportar (*erleiden*) son casi sinónimos. Y tal vez pueda señalarse que también el «experimentar» equivale a «sufrir desgracias», puesto que en él es determinante el carácter pasivo del sufrir.

Por eso las experiencias eluden toda planificación y previsión. Lo que en ellas nos sale al encuentro es algo fortuito, ajeno a cualquier propósito. Cuando se dice que uno ha «hecho sus experiencias», se quiere decir que uno ha debido experimentarlas dolorosamente. Este carácter de la experiencia tomada en todo su peso es omitido por cierto en la consideración teórica. Ya no se repara en ello, pero en el fondo sigue operando cuando se habla de experiencias, aun en su acepción atenuada.

Es significativa aquí la relación de los dos vocablos «experimentar» y «vivir» (*erfahren* y *erleben*), que en muchos contextos son casi coincidentes y, sin embargo, consideran las cosas desde lados opuestos. Si «experimentar» es un concepto básico del pensar austero, «vivir» tiene un acento afectivo mucho más notorio. Es un concepto típico del Romanticismo, de la filosofía de la vida y del Movimiento de la Juventud de comienzos del siglo xx. Si del mismo modo podemos

⁸ H.-G. Gadamer, *op. cit.*, pág. 338.

decir que experimentamos o vivimos algo, el vivir está referido de una manera más acentuada al sujeto. Cuando se vive algo, esto quiere decir que quien lo vive se encuentra en el centro y que eso le enriquece de una manera más grata. El introduce lo vivido últimamente en sí mismo; más aún, se fusiona con ello y queda completamente lleno de su vivencia. Por eso la vivencia siempre amenaza deslizarse a lo subjetivo, con el peligro de ser mal interpretado; así Morgenstern pudo burlarse: «Y escribió en su crónica semanal: "Nuevamente una vivencia, llena de miel"». ⁹ El experimentar está, por el contrario, mucho más referido al objeto, a lo experimentado objetivamente. No es el hombre quien hace las experiencias; la cosa que él experimenta es lo que se sitúa en el campo de la atención. Por lo tanto es un concepto más sobrio y duro, y se lo emplea con preferencia cuando se desea evitar el peligro de un reblandecimiento subjetivo del concepto de vivencia. En él se manifiesta la dureza de la realidad.

Decimos que el hombre hace «sus experiencias», y empleamos la palabra en plural. Repárese en que los sucesos aislados que el hombre observa distan de ser experiencias: solo llegan a serlo cuando se extrae de ellos una enseñanza general. Las experiencias siempre se refieren a circunstancias generales que el hombre aprende. No basta una observación aislada. Algo debe haber llamado la atención del individuo reiteradamente y de tal forma que infiera su repetición regular. Por eso una mera comprobación de hechos dista de ser una experiencia. Nadie consideraría la afirmación de que Tubinga está a orillas del Neckar como la expresión de una experiencia, aunque se haya cerciorado de ello con sus propios ojos. Pero sí enunciamos una experiencia cuando decimos que hay días muy calurosos.

También en otro sentido se distingue la experiencia de la vivencia. Mientras que la vivencia descansa totalmente en sí misma y no se vuelca al exterior, de modo que al final sólo queda el recuerdo de ella, las experiencias provocan un cambio permanente en el individuo. Por eso las vivencias pueden ser repetidas (dentro de límites que no hemos de considerar aquí), en tanto las experiencias solo pueden ser confirmadas. Pero de las experiencias particulares que hace el individuo nace luego una vasta experiencia de la vida, de cuño siempre característico y que define a cada hombre.

⁹ C. Morgenstern, *Sämtliche Werke*, Munich, 1965, pág. 241.

3. La refirmación en la experiencia

La experiencia nos dice, entonces, que algo no marcha como lo habíamos imaginado y, en especial, que los hombres no tienen la buena voluntad que habíamos esperado de ellos; dicho en una grosera fórmula: que el mundo es malo. En consecuencia, la experiencia es lo que ataja el vuelo de los ideales, lo que fatiga al hombre. Al final de la experiencia está la resignación. Después que el individuo ha advertido repetidas veces el fracaso de todos sus intentos de mejorar en algo el mundo, acaba por desistir y se ciñe al proceder usual, ya probado por la rutina. Se hunde en sus quehaceres. Por consiguiente, la experiencia es lo obstaculizante, la resistencia contra todo anhelo de mejorar lo existente y, por tanto, de progresar. Por ello el hombre siempre debe reunir todas sus fuerzas y luchar contra la presión de la experiencia si desea crear algo nuevo y mejor.

Todo el que haya entrado en su profesión o en una nueva esfera de trabajo con entusiasmo juvenil, habrá hecho la experiencia (y aquí tenemos una situación característica en que esa palabra se impone espontáneamente) de que sus colegas veteranos le aconsejaron, en parte con buena intención y en parte con arrogancia, cuando él propuso algún cambio: «¡Olvídelo! Alguna vez, lo intentamos y no dio resultado alguno. Ya hará usted sus experiencias». Y tras estas palabras hay una advertencia, casi siempre tácita: «¡Es mejor que desista enseguida y no nos moleste con sus proyectos de reforma que nadie le ha pedido!». De este modo, la apelación a la costumbre es un elemento coercitivo, retardatario, que obstaculiza todas las innovaciones. La experiencia ha fatigado a los individuos. Es la actitud de la vejez resignada. A esto alude la conocida frase de Herbart (incluida en la Introducción a su *Allgemeinen Pädagogik*): «Un maestro de aldea nonagenario tiene la experiencia de su nonagenaria rutina, el sentimiento de su largo esfuerzo. Pero, ¿tiene también la crítica de sus actos y de sus métodos?». ¹⁰ Así, es comprensible que el entusiasmo de los jóvenes se rebele contra esta forma de experiencia. Eberhard Rogge, ¹¹ caído durante la Segunda Guerra Mundial, quería escribir un libro con este provocador título: «Por la experiencia nos volvemos tontos», oponiéndolo a la afirmación corriente según la cual las desgracias nos aleccionan. Quería decir que las experiencias crean hábitos fijos que automatizan la vida. El hombre se vuelve indiferente a causa de sus experiencias,

¹⁰ J. F. Herbart, *Sämtliche Werke*, K. Kehrbach, ed., vol. 2, pág. 7.

¹¹ Nombre de la obra postuma: E. Rogge, *Axiomatik alles möglichen Philosophierens*, Meisenheim-Glan, 1950.

y ya no osa comenzar nada nuevo, ni siquiera reflexionar sobre nuevas posibilidades. Sabe, por larga experiencia, que no vale la pena hacerlo. La experiencia estrecha el contorno de la vida creadora. Por su influencia el hombre se torna realmente tonto.

A partir de esto deben entenderse las situaciones típicas en que el hombre apela a su experiencia. Esa apelación tiene por lo general un carácter polémico-defensivo. Sirve para rechazar las exigencias que salen al encuentro del individuo de una manera nueva e inesperada. Es una notable paradoja que la apelación a la experiencia sirva para negarse la posibilidad de hacer nuevas experiencias. El hombre se entumece frente a las nuevas exigencias. Ya no está preparado para corregirse y de este modo prueba que está interiormente rígido y ha perdido su vitalidad.

Por ello el entusiasmo de la juventud se vuelve contra esta sabiduría de los ancianos, escudada tras su experiencia. Es lo que tenía presente Herbart cuando escribió- «La mera práctica sólo producirá rutina, y bastante limitada; no experiencia decisiva [. . .] Así puede ocurrir que un oscuro maestro, al final de sus días, o aun toda una generación o series de generaciones de maestros que avanzan siempre uno al lado de otro o uno tras otro, por el mismo carril o carriles ligeramente modificados, no tengan la menor idea de lo que un joven principiante experimenta en sus primeras horas ante un acierto, ante un experimento bien calculado, que se concibe de una sola vez y con toda precisión».¹² Aquí se opone, a la «experiencia limitada al máximo, no decisiva», otra forma de experiencia, que se basa en «el experimento bien calculado». Ahora bien, el experimento, y aun toda una serie de experimentos, no da experiencia alguna. La experiencia no puede buscarse; se forma paulatinamente en la repetición de los casos aislados.«

4. La experiencia «con» algo

Por ahora dejaremos de lado ese problema, y seguiremos analizando el uso lingüístico corriente. Hay en él, en efecto, una posibilidad totalmente distinta de hablar de la experiencia: suele decirse que se han hecho experiencias «con algo». Casi siempre se trata de aparatos o de procedimientos; más raramente, de hombres. Y por lo común se alude

¹² J. F. Herbart, *op. cit.*, vol. 1, pág. 284 y sig.

a artesanos que dominan ciertos procesos y requieren de tales objetos. He aquí un ejemplo (que vuelvo a tomar de Giel) : a los automovilistas les agrada hablar sobre las experiencias que han hecho con sus vehículos, en particular cuando se trata de un modelo nuevo, no probado aún. Y cuando dos automovilistas discuten sobre las ventajas de sus marcas respectivas, por lo general se advierte que han hecho buenas experiencias con sus automóviles (desde luego, con limitaciones) . Se ofenden si alguien duda de sus aseveraciones o se muestra despectivo hacia sus marcas. ¿Qué ocurre aquí? ¿En qué sentido hacemos experiencias «con algo» (y no «en» algo o «sobre» algo) ? Esos vehículos no se someten a un examen cuidadoso ni a un esquema de pruebas. Las «buenas experiencias» solo se dan subrepticamente y después de un largo trato con las cosas. Este «con» se refiere a una cierta relación comunicativa. Designa un acostumbrarse al vehículo y un encarnarse o, más aún, un identificarse con él; se comprende entonces que sus dueños se muestren tan susceptibles a las críticas. En consecuencia, hacer experiencias con algo significa tratar con algo. Apunta más hacia un poder-hacer inmediato que hacia un saber objetivante.

5. El práctico experimentado

En esa misma dirección apunta el adjetivo «experimentado». Gehlen llama la atención sobre esto en un hermoso ensayo. Critica allí el concepto filosófico corriente de experiencia: «Ese concepto de experiencia (en cuanto hecho de conciencia) que la filosofía emplea casi exclusivamente ha sufrido un estrechamiento inconveniente y es unilateral».¹³ Gehlen destaca la íntima relación que guarda la experiencia con el poder de hacer algo. Pregunta : ¿ Qué queremos decir cuando calificamos a alguien, en sentido fuerte, como «experimentado»? Y responde: «Cuando calificamos a un individuo como pedagogo, político o marino "experimentado" estamos diciendo de él lo máximo en ese sentido y no hay título superior». Considera Gehlen el término griego *empeina*, con el que se denotaba también «larga ejercitación, destreza, conocimiento de la materia, acrisolamiento y virtuosismo inteligente», y trae a cuento el concepto de «experiencia de la vida», que rebasa toda especialización unilateral: «Un individuo de esta clase no está sometido a las múltiples exigen-

¹³ A. Gehlen, *Vom Wesen der Erfahrung* (1936), en *Anthropologische Forschung. Zur Selbstbegegnung und Selbstentdeckung des Menschen*, Reinbek, 1961, pág. 27.

cias y demandas que la vida nos opone en forma regular y también sorpresiva, sino que las ha superado». ¹⁴ ¿Qué queremos decir, entonces, cuando hablamos de un «médico experimentado»? No es aquel que sabe mucho y acaba de concluir sus estudios con mención. Designa, más bien, una capacidad específica para el ejercicio de su profesión que el médico ha adquirido por una práctica continua durante una larga vida. Esto exige un ojo certero, formado en la observación de gran cantidad de casos, y que abarca la pluralidad de las posibilidades, sabe establecer distingos y acierta sin mucha reflexión. Se requiere además un tacto peculiar, una sensibilidad alertada que sepa abarcar los imponderables matices del caso concreto y una certeza de juicio que sólo se puede desarrollar en una práctica de largos años y que permite tomar enseguida la decisión correcta, donde otro tendría que realizar primero arduos exámenes y perdería así un tiempo precioso. El novato, el inexperto, sería en cambio aquel a quien su conocimiento no le sirve porque no lo sabe aplicar, y por eso se engaña fácilmente; el que en la vida de los negocios, por ejemplo, se deja aventajar porque desconoce las tretas de sus socios. Por oposición a la experiencia que embota, que hace a los hombres abúlicos y se cierra a todo lo nuevo, es inherente a la formación del práctico experimentado una capacidad receptiva, siempre alerta, en que cada experiencia adquirida descubre a la vez nuevas posibilidades de concepción. La experiencia es así un proceso de crecimiento más vivo, que progresa en forma continua; en él se hacen siempre nuevas experiencias que son apropiadas interiormente. Por esto se dice, muy significativamente que el individuo es experimentado «en algo», y no que ha hecho muchas experiencias; en efecto, las experiencias no constituyen para él un patrimonio exterior del cual podría disponer, sino que las ha asimilado por completo en sus actos, se han convertido en un poder-hacer específico en el cual y del cual vive. «La experiencia y el poder-hacer son inseparables», ¹⁵ señala también Gehlen; toda nueva experiencia no solo enriquece el saber, sino que al mismo tiempo se manifiesta en una nueva aptitud. Por consiguiente, experiencia significa la perfecta adaptación del individuo a un medio en que se mueve con seguridad. Por eso el hombre verdaderamente experimentado rara vez apela a su experiencia frente a un tercero. Su experiencia, por haberse convertido en capacidad, no le es presente en el saber. Y porque su experiencia nunca está cerrada, sino que

¹⁴ *Ibid.*, pág. 26.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 28.

permanece siempre abierta para las experiencias nuevas que la corrigen, tampoco puede esgrimirse contra un tercero como objeción a las propuestas nuevas que este pueda hacer y eventualmente rebasen los marcos hasta entonces admitidos.

En esta experiencia que progresa continuamente y que se profundiza, en esta disposición siempre alerta a adoptar lo nuevo y a aprovecharlo, se forma poco a poco esa madurez superior que admiramos como un rasgo humano en el práctico experimentado y que por cierto nunca se alcanza sino a determinada edad. Esta madurez es más que prudencia y talento, más que cuantía de los conocimientos y aptitudes. Aquí vuelve a presentárenos, una vez más, lo que dijimos antes sobre el carácter predominantemente doloroso de la experiencia. Las profundas y dolorosas experiencias, que marcan los límites del propio poder-hacer, son las que permiten al hombre alcanzar esa madurez última. Quien la anhele, deberá aceptar también lo doloroso que ellas traen consigo.

6. La osadía de adquirir experiencias

Si intentamos sintetizar lo establecido hasta aquí, tendremos dos formas diferentes —o, de manera más cautelosa: dos aspectos diversos— de las experiencias, tal como lo muestran el juicio de censura y el juicio administrativo: una experiencia que deja al hombre petrificarse y entumecerse en costumbres rígidas y que termina negándose a toda experiencia ulterior, y otra experiencia que nunca se cierra, sino que, en abierta disposición receptiva, se desarrolla de continuo y conduce a esa madurez superior del individuo que llamamos experimentado. Debemos tratar de reunir conceptualmente ambos aspectos en su conexión interior, desde la esencia —bien entendida— de la experiencia. En efecto, ellos están íntimamente ligados. En toda nueva y fecunda experiencia que hace el hombre va implícita la posibilidad de su desvirtuación. Toda experiencia lleva la amenaza de estancamiento. El hombre busca escudarse tras ella para defenderse de la irrupción de lo nuevo. Y como él es, en general, un ser que siempre corre el riesgo de no realizar sus propias posibilidades y solo un esfuerzo continuo le permite superar la tentación de la pereza, la disposición a aceptar nuevas experien-

cias exige vencer constantemente las fuerzas de la inercia. El estar abierto a lo nuevo no constituye un don natural, sino una virtud que debe adquirirse penosamente. Para comprenderlo, debemos considerar con mayor detenimiento el proceso por el cual el hombre adquiere su experiencia. Si antes hicimos notar que el hombre no puede provocar sus experiencias adrede (no puede forzarlas desde sí mismo), ahora debemos señalar que puede recogerlas, espigarlas donde las encuentre y, dominándolas, alcanzar la madurez del hombre experimentado en su negocio. Ahora bien, ese recoger es refractario a todo intento de construcción metódica. Está librado a la contingencia de los acontecimientos que nos salgan al encuentro desde fuera. No obstante, la adquisición de experiencias requiere una actitud particular. El hombre no puede forzarlas, pero sí exponerse a aquellas situaciones que son las únicas en que pueden sobrevenirle experiencias. Retomemos el significado originario de la palabra: el del hombre «en viaje» (*auf der Fahrt*), el que se arriesga por tierras extrañas porque su ámbito natal le resulta demasiado estrecho. En efecto, en el mundo protector del hogar y de lo familiar no se hace ninguna experiencia. Por eso se desprecia a quien nunca salió del estrecho círculo del campanario. Ninguna experiencia se obtiene desde una posición segura; tampoco las que provienen de una problemática científica elaborada. Por el contrario, para hacer experiencias debemos comprometernos, exponernos a lo inesperado que se nos presenta. Solo hay experiencias cuando estamos abiertos a eso que nos sale al encuentro inesperadamente. Pero esto requiere osadía y una disposición previa, pues la adquisición de experiencias es dolorosa y encierra peligros. Los timoratos no hacen ninguna experiencia porque —y a menudo invocando su «experiencia»— evitan de antemano aquellas situaciones que son las únicas en que pueden hacerse experiencias. Por eso permanecen encerrados en el estrecho círculo del mundo comprendido desde siempre, y nunca aprenden a conocer algo realmente nuevo. Su vida está estancada.

Pero tampoco el aventurero (como bien señaló Giel) se singulariza por su capacidad de hacer experiencias. Es que los sucesos le son extrínsecos. Por ello puede pasar de una aventura a otra. No cambia, no «aprende» nada de sus vivencias; como el Don Juan de la ópera, solo puede repetir las exteriormente y jactarse de su cuantía. De sus vivencias no nacen experiencias. Más bien, estas solo crecen cuando el

hombre sabe apropiarse en su interior lo que le viene al
en
cuentro desde fuera, cuando se transforma a sí mismo
con
ellas y de tal suerte alcanza la superioridad del hombre
que
ha madurado por sus experiencias.

7. Las vivencias felices

En este lugar quizá debemos considerar una objeción que podría hacerse a nuestra tesis del carácter doloroso de la experiencia: ¿No es un preconcepto unilateralmente pesimista? ¿No existe también la experiencia de lo bello y de lo dichoso? Hay que reconocerlo, la vida no solo ofrece experiencias dolorosas. Tiene ciertamente horas felices en que se alcanza algo nuevo y placentero. Cuando estudiamos la intuición ya encontramos tales vivencias gratas. Solo que no debemos llamarlas (lo que también sería incorrecto en el plano idiomático) «experiencias», descaracterizando así este concepto. Con ello ocultaríamos la total diversidad de las experiencias dolorosas, que no pueden asimilarse a esos acontecimientos felices. Debemos presentar esto en su especificidad. La diferencia ya mencionada entre el vivenciar y el experimentar alude de alguna manera a esa antítesis. Estos acontecimientos felices tienen algo en común con las experiencias dolorosas: se presentan al hombre de manera inesperada e imprevisible. Pero mientras las experiencias dolorosas irrumpen en la vida desde fuera, sin que importe el estado de ánimo en que se encuentre el individuo, los acontecimientos dichosos presuponen una disposición interior, un cierto temple gozoso en que el hombre se abre a eso que las cosas mismas le revelan. Y mientras que las experiencias atañen siempre, en última instancia, a la conducta práctica, aquí se suspende la esfera de la acción y de la necesidad; el hombre se libera de ella para recibir la riqueza de la vida y del mundo que fluye hacia él. Si lo íímorásemos nos mostraríamos ingratos hacia el don, de la vida. Cuando en la introducción dijimos que el conocimiento es tributario del temple, teníamos en vista estos nexos;¹⁶ y los teníamos también cuando, siguiendo a Heidegger, preguntamos si el conocer teórico debía entenderse realmente como «modo deficiente» del trato práctico.¹⁷

Ahora bien, estos profundos nexos están oscurecidos por un concepto de experiencia indiferente y neutral, que ni siquie-

¹⁶ Cf. *supra*, pág. 14.

¹⁷ Cf. *supra*, pág. 57 y sig.

ra deja verlos. Hay que despejarlos primero mediante la crítica de ese concepto. Pero no podemos seguir considerando este punto aquí, porque tendríamos que profundizar demasiado en otros nexos. Baste con lo dicho para ponernos a cubierto de posibles equívocos.¹⁸

8. Experiencia e investigación

La experiencia hecha por el hombre se distingue por su carácter imprevisible y contingente (compartido también por las vivencias gratas) del resultado de un examen expreso, de un experimento realizado adrede. Así, Herbart oponía a la experiencia rutinaria del maestro de aldea el «experimento correctamente calculado». Esa antítesis es importante, aunque a menudo se diluye cuando se habla, descuidadamente, de ciencias de experiencia. El resultado de un experimento no puede llamarse experiencia, al menos si se quiere dar al término un sentido nítido.

El experimento es una pregunta que el hombre dirige a la naturaleza por su propia iniciativa, y la respuesta está predeterminada por el problema. En la ciencia natural moderna el experimento bien hecho debe reunir dos requisitos: formular a la naturaleza una pregunta precisa, y bajo condiciones tan exactas que puedan repetirse a voluntad. En este sentido, los experimentos son dispuestos y cumplidos con arreglo a plan. Proporcionan resultados determinados. El hombre adquiere en ellos un determinado saber: el que buscaba. En consecuencia, en el experimento el hombre lleva la iniciativa, obra con conciencia. Nada azaroso debe perturbarlo.

Podemos generalizar todavía el concepto del experimento mediante el concepto de investigación. La investigación no necesita servirse siempre del experimento, pero es una requisitoria consciente, una indagación hecha adrede. Se investigan nexos ocultos. Así, la policía realiza indagaciones para hallar a un delincuente. Investigar significa buscar algo con tenacidad. Pero el investigar también admite sistematización; más aún: para tener éxito necesita de ella. Por eso la investigación es, en particular, asunto de la ciencia. Hay investigadores de la naturaleza y de la historia, y diversos institutos de investigación. Por su esencia misma la ciencia es investigación, en su totalidad o, al menos, en sus partes prin-

¹⁸ En la continuación de este volumen (en preparación) tendremos que considerar con más detalle estos nexos. Por ahora remito a mi exposición anterior, *Das Wesen der Stimmungen*, Francfort, 1941; 4ª ed., 1968; esp. cap. VII, «Das Verhältnis zur Realität», pág. 112 y sig.

cipales. Así, las ciencias que no están del todo seguras de su carácter científico se definen como investigación o, en sentido enfático, como investigación empírica. Todo esto es equivocada cuando no se distingue con exactitud entre una investigación que se realiza y una experiencia que se hace, y se las confunde indistintamente bajo el concepto de ciencia de experiencia. Es que la investigación pertenece al ámbito del configurar con arreglo a planes, del cual el hombre dispone en su libertad; en cambio, la experiencia es un acontecer de la vida al que el hombre está expuesto, no es fruto de su iniciativa. La investigación implica un discernimiento previo, y así no se sale del marco de una comprensión previa cerrada. Sólo dentro de ese marco puede formularse una pregunta precisa. Por el contrario, las experiencias hacen estallar el marco de expectativas prefijado y obligan a una reorientación productiva. Estos nexos se confunden cuando se habla, en alemán, de ciencia empírica (*empirischen Wissenschaft*), entendiéndolo por tal una ciencia fundada en la experiencia. Es que *empe-ria* deriva del verbo griego *peirao*, que significa intentar, probar y, en sentido derivado, «conocer por propia experiencia». Pero ese término contiene más acentuadamente el rasgo activo que destacamos en el concepto de investigación, y no la connotación de experiencia (*Erfahrung*) como doloroso suceder.

Por lo tanto debemos cuidarnos de considerar sinónimos los conceptos de «empírico» y «experiencia» (lo cual es posible sin más ni más en el horizonte de comprensión de los idiomas inglés y francés, como se ve cuando en alemán se identifica «empírico», vocablo tomado del inglés, con un conocimiento basado en la experiencia). Debemos establecer un claro distingo entre ambos conceptos: «empírico» realza el aspecto activo de una investigación realizada con arreglo a plan, mientras que «experiencia» (*Erfahrung*) connota el rasgo pasivo de algo sufrido con desagrado. Para mayor claridad hablaremos en lo sucesivo de ciencias empíricas, y evitaremos el concepto ambiguo de ciencias de experiencia.

Desde luego, a estas reflexiones puede levantarse una objeción: ¿Qué se gana con esos distingos? ¿No estamos jugando con meras particularidades idiomáticas sin fundamento objetivo o proponiendo, en el mejor de los casos, nuevas y arbitrarias acepciones al uso lingüístico? Debemos responder

que estas reflexiones sobre el carácter originario de la «experiencia», a la que sigue la «investigación», nos proporcionan una comprensión profunda del origen del conocimiento; también nos permiten examinar la unilateralidad del concepto empirista de experiencia, reconocer una experiencia más originaria y combatir entonces el carácter excluyente de la investigación empirista. En modo alguno impugnamos la investigación intensa de los hechos. Solo queremos situarla correctamente en la totalidad del conocimiento y comprender con justeza, en su construcción, la conjunción de experiencia e investigación en su dependencia recíproca. También en este punto se acredita el tratamiento antropológico general del problema del conocimiento.